

CAPITULO VI.

Escudo de armas de Montejo.—Su nombramiento de adelantado y alguacil mayor de Yucatán.—Alonso Dávila, contador y teniente de rey.—Enganche de gente para la expedición á Yucatán.—Compra de buques.—Partida de San Lúcar de Barrameda.—Estación en Santo Domingo.—Paso por la Habana.—Llegada á Cozumel.—Desembarque junto á Xelhá.—Fundación de la primera Salamanca.—Polé.—Encuentro con Naum Pat.—Entrada en Moc-hí.—Residencia de dos meses en Belmá.—Ejecución de Palomino.

El 8 de Diciembre de 1526, firmó el Rey, en Granada, las capitulaciones para la conquista de Yucatán, ante el secretario Francisco de los Cobos. Ese mismo día, fueron refrendadas por el obispo de Osma, el obispo de Canaria y el obispo de Ciudad Real.

En ese mismo año de 1526, el Rey dió por armas á Francisco de Montejo, además de las de su linaje, un escudo que lleva, en medio, á la derecha y arriba, una isleta, en cuyo campo rosado se levanta un león dorado, y se ven unos granos de oro esparcidos: á la izquierda siete panes de oro redondos en campo azul. En el cuartel inferior, á la izquierda, un castillo dorado, con tres banderas rojas, construído en tierra firme, en la playa; y, en el cuartel inferior de la derecha, cinco banderas azules en campo dorado; por orla, trece estrellas doradas en campo rojo, y, encima del escudo, un yelmo

abierto y su monograma. Todo el escudo era una verdadera alegoría: la isleta representaba la isla de Sacrificios, adonde Montejo aportó y plantó por vez primera la bandera española; los siete panes de oro significaban el oro que recibió de los indios, cuando entró en el río de Banderas; el castillo dorado significaba la fuerza de los indios; y las cinco banderas azules eran recuerdo de las que recibió, de manos de los indios, cuando desembarcó en la costa de Veracruz.

Las nuevas armas lo ennoblecían más de lo que era, y el monarca español, satisfecho de los merecimientos de Montejo, quiso que, además del título de adelantado y de alguacil mayor de Yucatán, retuviese el empleo de teniente de la fortaleza de Veracruz, y la encomienda de indios que le había tocado en el repartimiento de Nueva España.

El nombramiento de contador y lugarteniente de Montejo recayó en Alonso Dávila, y se nombró, por tesorero, á Pedro de Lima, y, por veedor, á Hernando Moreno de Quito. Con estos nombramientos, despachados por el Consejo de Indias, nada había qué hacer ya en la cancillería real, y sólo restaba reunir la gente y las municiones de boca y guerra para la expedición. Montejo y Dávila se pusieron inmediatamente á levantar recursos. Montejo vendió sus fincas de Salamanca, y Dávila contribuyó con todas las economías que le había sido posible obtener desde su vuelta de Francia. Los dos capitanes se dirigieron, en solicitud de soldados, á diferentes lugares de España, y pronto encontraron inteligentes y activos cooperadores en Francisco Tamayo y Rodrigo de Cisneros, de Ciudad Rodrigo; en

Hernando de Aguilar, de Ecija; y en otros hidalgos de Salamanca. Con la fama de riqueza que se había dado á Nueva España y Yucatán, no escaseó la gente que quisiese alistarse voluntariamente en la expedición: muchos se ofrecieron á venir en ella, sin salario alguno, y por sólo la esperanza de alcanzar una encomienda en las tierras que se iban á conquistar.

En los preparativos, empleó Montejo cerca de medio año: compró armas, municiones y bastimentos, dos naves grandes y un navío pequeño.¹ Dióse cita á todos los comprometidos, para San Lúcar de Barrameda, y de allí, en Mayo de 1527, se hizo á la vela para América con trescientos ochenta hombres,² sin contar la tripulación de los buques. Pasaron por Santo Domingo, y allí permanecieron algunos días; tomaron víveres de fresco, embarcaron cincuenta y tres caballos y yeguas, y, como entre la gente de la expedición había algunos enfermos, los dejaron allí, quedándose un buque para esperarlos y conducirlos á Yucatán luego que se restableciesen. Continuando luego su viaje, pasaron por la Habana, y, doblando el cabo de San An-

1 Cogolludo asienta que aparejó cuatro navíos; Oviedo habla sólo de dos naves grandes, y Herrera refiere que Montejo fletó tres navíos en Sevilla. El número asignado por Herrera parece el más exacto, por los sucesos que se narrarán después, y, además, está corroborado por la relación de Blas González, encomendero de Ichmul.

2 Cogolludo afirma que se embarcaron cerca de cuatrocientos españoles; Herrera hace subir á quinientos los soldados que se embarcaron.—«Entró á las conquistar el año del Señor de mill é quinientos y veinte y ocho años, y metió en ellas, para la dicha conquista, cuatrocientos hombres de á pié y de á caballo, todos españoles de pelea.» *Relación de la villa de Valladolid*.—En el texto hemos seguido la narración de Oviedo.

tonio, y, entrando de lleno en el canal de Yucatán, tomaron rumbo para Cozumel.

A fines de Setiembre de 1527, avistaron la isla de Cozumel. Se dirigieron al puerto y desembarcaron, con ánimo de tomar allí descanso y refrigerio. Había tres pueblos gobernados por Naum Pat, cacique de la familia Pat, que tenía allí su señorío, independiente de los otros caciques de la península.

Naum Pat les dió el más amigable recibimiento que pudieran esperar; les suministró alimentos, les dió hospedaje, é hizo agradable su permanencia en la isla, en los cuatro días que estuvieron en su compañía. Al cuarto día, Montejo dispuso la marcha, y, embarcando toda su gente, se dió á la vela para la costa oriental de la península de Yucatán, y al día siguiente, en la mañana, los navíos anclaron en un punto de la costa que llamó la atención de Montejo por su verdura y frondosidad. Era un extenso y poblado palmar de ramas altas y delgadas, cargadas de grandes racimos de una fruta pequeña, parduzca y brillante á la luz del sol. Desembarcaron allí, atraídos por la agradable vista del palmar que se extendía en forma prolongada por la orilla de la playa. Las palmeras, sin embargo, ocultaban, á primera vista, un peligro muy real para la vida de los expedicionarios; detrás del alegre palmar se abría la ciénaga de emanaciones mefíticas que habían de llevar la muerte á las filas de los españoles. Ignorando todavía Montejo todo el daño que podía causar á su pequeño ejército aquel lugar lleno de cieno, resolvió sentar allí su real. A media legua, se hallaba el pueblo indio de Xelhá

de donde era cacique Nacon Balam, y esto, á su entender, debía servirle de auxilio para la población que se proponía fundar provisionalmente, entretanto encontraba en la costa un puerto seguro y abrigado, que pudiese servir de asiento definitivo á la población que debía fundar, en cumplimiento de las capitulaciones.

A los pocos dias de establecido el real en aquel punto infecto, las enfermedades empezaron á hacer presa en los soldados: lo probable es que la fiebre palúdica y la fiebre amarilla se hubiesen declarado con fuerza entre aquellos extranjeros mal alimentados, debilitados por larga navegacion, no acostumbrados al rigor de un clima caliente en demasia, y, para colmo, habitando en las lindes de un pantano. No podían reunirse circunstancias más propicias para que estas fiebres hiciesen estragos terribles en los españoles, y así empezaron á morir en gran número, y, con esto se levantó la ira y la murmuración contra Montejo entre los soldados, vituperando la imprudencia con que los había traído á morir en aquella costa inculca y pestífera.

Quiso Montejo hacer diversión á los murmuradores con una empresa que á todos había de parecer provechosa, y ordenó que uno de los buques saliese inmediatamente para Nueva España, y que, llegando á Veracruz el comisionado, con plenos poderes suyos, comprase ganado suficiente, y lo trajese á Xelhá para servir de mantenimiento á los pobladores.¹ La medida se aplaudió por todos, co-

¹ Carta del adelantado Francisco de Montejo de 13 de Abril de 1529, en la Colección de documentos inéditos, tomo 13. pág. 87.—«Primeramente en el año del Señor de mill é quinientos y veinte y nueve años, llegó el Adelanta-

mo que á todos convenía tener buena provision de alimentos saludables. Se calmó algo la molestia de los expedicionarios; pero, lleno de temor Montejo de que su gente se desbandase tomando camino para la Nueva España ó para otras provincias, quiso imitar á Cortés, quemando sus naves, y, cuando menos se pensaba, las hizo varar, quedando, de esta manera, inservibles. Esta determinación le fué provechosa, además, porque le permitió hacer bajar toda la tripulación de los buques á tierra, y servirse de ella para aumentar su ejército.¹

Varados los navíos, y próximos á destruirse por la fuerza de las olas y los vientos del norte que debían empezar á soplar, fué necesario desembarcar todas las provisiones, utensilios y cuanto pudo aprovecharse de ellos. Se hizo una gran casa de paja, y se empezaron á levantar otras varias, para que sirviesen de habitación. En este trabajo, fueron ayudados eficazmente por los indios de Xelhá, que de ninguna manera se habían mostrado hostiles: la madera se la proporcionaron en los bos-

do Don Francisco de Montejo, con poderes del emperador, Nuestro Señor, de gloriosa memoria, á conquistar y pacificar estas provincias de Yucatán y Cozumel, y costeando la dicha tierra con tres navíos, llegamos á un puerto y baya que se dice Solimán, que es nombre antiguo de los Indios desta tierra, en los quales navíos venían quatrocientos soldados y ciento y cinquenta cavallos y muchos pertrechos de guerra. Saltamos en tierra, en compania de dicho Adelantado con toda la gente, y luego despachó, el dicho Adelantado, uno de los navíos á la nueva españa con unos frayles franciscos que traxo despaña en su compania, y para dar noticia cómo abíamos llegado y desembarcado en esta tierra: estuvimos en aquella costa dos meses sin entrar la tierra dentro, de que cabso muchas enfermedades y muerte de cinquenta soldados.» *Relación de Blas González á S. M.* cap. I.

¹ Oviedo, historia citada, tomo III, pág. 226.—El adelantado Montejo asegura que estos buques se perdieron en la costa de Yucatán; pero omite expresar que, por mandado suyo, dos navíos se habían echado al través.

ques cercanos, y las palmas las tomaron del palmar de junto á la ciénaga, é, imitando las casas de los indios, en pocos dias surgió la nueva población á la cual pusieron por nombre Salamanca.

El mejor abrigo que prestaron las casas nuevamente construidas no fué parte á disminuir las enfermedades, y, para exacerbar la calamitosa situación en que se encontraban aquellos extranjeros desprovistos de recursos, inficionados por el aire mefítico de los pantanos, escaseando de agua, cayó sobre ellos una gran plaga de murciélagos, los cuales atacaban no sólo á las bestias, sino á los mismos hombres, chupándoles la sangre mientras dormían. Entretanto, los españoles se entendían con los indígenas lo mejor que les era posible, por medio de signos y gestos, á causa de que no habían llevado ni podido encontrar un intérprete que les sirviese. Entre los conquistadores, se distinguía un caballero natural de Sevilla, llamado Pedro Añasco, sagaz é inteligente, que se propuso remediar la falta que sufrían de intérprete: dedicóse con empeño á aprender la lengua maya, y, con este propósito buscaba y solicitaba entenderse y relacionarse con los indios de Xelhá. Un día que se explicaba por signos y visages con un indio, éste dijo una expresión que sirvió de clave al español. Preguntándole el nombre de una cosa, díjole el indio: *bar u kaba* que quiere decir: *cómo se llama*, y, aprendida esta palabra, Añasco fué preguntando los nombres de las cosas, y en breve hizo tan rápidos progresos, que llegó á hablar con toda perfección la lengua maya, y se convirtió en intérprete de Montejo.

La tenacidad del Adelantado no podía sostenerse ante los daños que los elementos naturales hacían á la población de Salamanca. Resolvió salir de ella, y subir por la costa, hacia el norte, en busca de paraje de condiciones salubres dónde trasladar la población. Dejó cuarenta soldados los más de ellos enfermos é inútiles, y se puso en camino, con todo lo demás del ejército, siguiendo la orilla del mar, hasta que llegó á un pueblo de indios llamado Polé. Las enfermedades continuaban sembrando la miseria, la angustia y la muerte, y ni el mismo adelantado Montejo pudo escaparse de ellas, pues estuvo casi en agonía. Apenas repuesto de su enfermedad, dejó á veinte enfermos en Polé, y, con noventa hombres, continuó su marcha por la costa, con dirección al norte. Iba en situación bastante desastrosa: él, todavía valetudinario; sus soldados flacos y macilentos, escasos de provisiones, sufriendo hambre, sed y los ardores del clima; mas por su buena suerte, en un punto de la costa, encontraron á Naum Pat, cacique de Cozumel, que, con cuatrocientos indios súbditos suyos, acababa de desembarcar para dirigirse á un pueblo próximo, en donde en breve debían celebrarse los desposorios de su hermana con el cacique de la localidad. Naum Pat, de sentimientos nobles, sencillos y generosos, cumplió lealmente los deberes de la amistad con su infortunado amigo, á quien encontraba en angustiosa condición. Le regaló, y á sus soldados, con sabrosas y suculentas comidas: con el agua pura que llevaba, pudieron saciar su sed; y, no contento con suministrarles provisiones, se ofreció á servirles de mediador con los pueblos

vecinos, para que los recibieran con amistad y paz. Dijo á Montejo que le esperase en la costa, y partió inmediatamente hacia un pueblo inmediato llamado Moc-hí. A poco tiempo, volvió Naum Pat anunciando á los españoles que el cacique de Moc-hí se prestaba gustoso á recibirlos como huéspedes, y que podían confiar en sus promesas, é ir á abrigarse bajo su techo. No se hizo de rogar mucho tiempo Montejo, y, en compañía de Naum Pat, entraron en Moc-hí. Era este un pueblo como de cien casas, tenía templos de piedra, y todo su aspecto mostraba que allí residía un pueblo pacífico y laborioso. El cacique festejó á los españoles con una comida espléndida de pavas, tortillas y bebidas hechas de maíz; los trató con afabilidad, con franca expansión: bien se conocía que el alma caballerosa de Naum Pat había infundido en el cacique de Moc-hí el espíritu más liberal de confianza, de bondad y protección para con los extranjeros. Montejo no ocultó su designio de internarse en la península, y, manifestando deseos de saber el camino mejor para seguir en su jornada, el cacique de Moc-hí le dió guías que lo condujeron á Belmá, lugar principal del cacicazgo de Ekab¹

En este pueblo fueron recibidos también en buena amistad. El cacique se complació en conversar con el adelantado Montejo, por medio del intérprete Añasco. Deseoso de manifestarles su afecto y simpatía, les presentó un donativo de dos patenas de oro pendientes de una cadena, de las cuales una puso á Montejo al cuello y la otra á

¹ Tal vez fuese el pueblo de Zamal

Añasco. A éste, que ya se expresaba con facilidad en la lengua maya, profesaban los indios particular estimación, y le daban el nombre de *H-kin*, título honorífico y respetable que daban sólo á sus sacerdotes.

Tan complacidos estaban los españoles del trato y sociabilidad de los indios de *Belmá*, tan agradable era el reposo y regalo que encontraban, que insensiblemente fueron dejando pasar los días sin que asomase el más leve pensamiento de moverse de allí. Ellos se recreaban con la sencilla amistad de los indios, y éstos no se cansaban de ver á los extranjeros, de contemplar los caballos que tanta admiración les causaban, ora sueltos en el corral, ora cogidos del ronzal, ó montados por airoso jinete. Montejo se complacía en mover y aumentar la sorpresa de los indios, valiéndose de los caballos: un día mandó ensillar y enfrenar uno de los mejores que traía, y, montándolo un buen jinete, hacía sonar el pretal de cascabeles, mientras el caballo caracoleaba gallardamente y relinchaba.

La noticia de la llegada de los españoles había corrido rápidamente por el país, y diariamente llegaban á *Belmá* indios de otros lugares, ansiosos de ver y hablar con los extranjeros, y sobretodo de comprobar, por sus propios ojos, las maravillas que se contaban de aquellos animales graciosos y lozanos de gran tamaño, á los cuales habían bautizado con el nombre de *tzimin*, por analogía con las dantas que crecían en el sur de la península y á las cuales daban este nombre.¹

¹ Landa *Relación de las cosas de Yucatán.*

Dos meses pasaron de esta manera los españoles en festejos, coloquios y comidas, y, al fin, decidieron continuar su marcha proyectada al interior de la península. Antes, sin embargo, de partir, Montejo ejecutó un acto severísimo de justicia con uno de los más altos empleados de su ejército. Desempeñaba el oficio de alguacil mayor, un tal Palomino, y tenía á su servicio un criado español. De carácter irascible é intolerante, Palomino no sabía reportarse cuando el criado faltaba á sus deberes, y un día, enojado con él, tomó un palo, le dió un garrotazo, y le mató del golpe. El adelantado Montejo no quiso dejar impune semejante crimen, sino que hecha la sumaria averiguación, como el derecho requería, condenó á muerte al asesino, y, sin consideración alguna, le mandó cortar la cabeza, por mano del verdugo, en presencia de todos sus compañeros atónitos con la severa justicia que á todos nivelaba.

CAPITULO VII.

Salida de Belmá.—Matanza de españoles en Polé.—Coní.—Juego de cañas.—Descanso de dos meses en Coní.—Caachí—Sinsimato.—Ciudad de Chauac-há.—Batalla de Chauac-há.—Batalla de Aké.—Tregua. ¹

Salieron los españoles de Belmá, rumbo al occidente; mas, cuando se pusieron en camino contentos y agradecidos, no se sospechaban que á pocas leguas atrás, en Polé, los desdichados veinte enfermos que habían dejado á curarse, habían sido cruelmente asesinados. Quitados, pues, de la pena caminaban atravesando sabanas, terrenos frágosos y visitando pueblos, de los cuales muchos llegaban á tener hasta mil casas. De esta suerte llegaron hasta los términos de un pueblo llamado Coní, poco distante del puerto de Conil. ² Los habitantes salieron á recibirlos con alborozo y curiosidad, ofreciéndoles sincero hospedaje. Entraron al pueblo, y fueron tratados con el mayor agrado: los indios no omitieron ningun esfuerzo para dejar satisfechos á sus visitantes: en hombros trajeron, de la orilla del mar, canoas de las que les servían para su navegación, y, poniéndolas asentadas sobre paraleles, las llenaron de agua potable y fresca para que de ella se proveyesen los soldados españoles

¹ Oviedo. *Historia de Indias*, libro XXXII capítulo 3º

² Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo 1º página 126.

hasta la saciedad: levantaron rústicas enramadas, y, debajo de ellas, sirvieron diversas especies de manjares preparados con harina de maíz y pavos, y, además, horchata hecha de maíz, pimienta y cacao, en los vasos que usaban, y en los cuales sobresalía la espuma de color rojizo.

Los españoles saciaron bien su apetito, y quedarán completamente á su gusto, si no fuera por el temor que les infundía el crecido número de indios que estaban reunidos en el pueblo, pues que habían concurrido de todos los alrededores, movidos de curiosidad. El Adelantado aun estuvo vacilante entre quedarse ó continuar su ruta. Temiendo, no obstante, dejar traslucir la debilidad de su tropa, prefirió permanecer unos días en *Coní*, si bien tomando todas las precauciones que evitasen una sorpresa. Asentó su real en la plaza del pueblo, ordenó que los soldados no se dispersasen, sino que estuviesen congregados, de modo que se ayudasen mutuamente, y dispuso que, además de los centinelas ordinarios, hubiese seis soldados de caballería, en vigilancia constante, de noche y de día. En unos árboles muy elevados puso también centinelas que dominasen la llanura y el bosque inmediato, de modo que pudiesen avisar cualquier movimiento extraordinario que notasen.

En uno de los días siguientes, el Adelantado quiso recrear á los indios con un festejo: organizó un juego de cañas en que pelearon á caballo diferentes cuadrillas. Algunos de los ginetes menos diestros cayeron de los caballos, con grande risa y gritaría de los indios, que celebraban las malas figuras de los caídos, así como las posiciones poco de-

córosas en que quedaban maltrechos y golpeados. Montejo, que estaba pendiente de las impresiones de los espectadores, temió que la torpeza de las caídas disminuyese el prestigio de su ejército, y así, con rapidez igual en la concepción como en la ejecución del designio, hizo cundir la voz entre los indios de que las caídas entraban en el juego, y que los españoles se caían por su voluntad, y no por falta de energía y firmeza. Para comprobar más el hecho, hizo salir nuevos ginetes, todavía más desmañados, que no tan pronto entraron al campo cuando dieron con su cuerpo en tierra.

Pasados dos meses, salieron de *Coní*, despidiéndose de los indios como buenos amigos. Estos se propusieron disminuirles las molestias del camino, y, de media en media legua, encontraban los españoles enramadas sombrías, bajo las cuales había acopio de agua y víveres suficientes. Así llegaron hasta el pueblo de *Caachí*, el cual era de los más grandes y poblados de aquella región. Como en todos los pueblos principales, había una gran plaza en medio del pueblo, junto al templo principal, y á su rededor se levantaban las casas del cacique, de los sacerdotes y de la gente notable. Fué digno de reparo que aquel lugar era el emporio del comercio de aquella costa: en el amplio mercado pululaban los comerciantes y las mercancías, y era tan grande el número de los tratos y contratos que se celebraban, se suscitaban tantas diferencias y conflictos en la compra y venta de mercaderías, que el cacique del lugar había mandado construir cerca del mercado una casa en donde tenía constituido un almotacén que resolvía sin apelación todos los

litigios, verbal y sumariamente. Nada se escribía, no se cobraban derechos á las partes; sino que el juez oía sus quejas y defensas, y, sin más, sentenciaba lo que le parecía justo.

Dos días, no más, permanecieron en Caachí. A la salida de este pueblo, empezaron á notar extensas plantaciones de árboles hermosos, corpulentos y cubiertos de follaje: el campo se extendía llano, limpio y cuidado: se conocía que el trabajo del hombre pasaba por allí á menudo, y en efecto, eran aquellas plantaciones el objeto de un cultivo diligente y exquisito, en que se ocupaba un gran número de personas: eran plantíos de copal, cuya resina se empleaba como incienso en los templos, en los sacrificios y funerales: era materia de activo comercio, y en el mercado de Caachí se solicitaba como mercancía valiosa.

En la noche llegaron al pueblo de Sinsimato (*Sinsimté?*). Allí pudieron informarse de cómo se explotaba el copal: hacíase en el tronco de cada árbol un corte profundo, de manera que formase un receptáculo del tamaño de un puño: lentamente se iba destilando un licor espeso, que, cuajándose al aire libre, se convertía en una masa compacta de suavísimo aroma, y de allí lo desprendían, y, reunido en grandes cantidades, lo llevaban al mercado. Fuese por temor, ó por no haber encontrado en *Sinsimato* la cordial acogida de otros lugares, no tan pronto alboreó la luz, cuando los españoles emprendieron la marcha.

Estaban ya en pleno cacicazgo de Chauac-há, y se dirigían á la capital de este pequeño estado, situada no lejos de la playa. La ciudad de Chauac-há

capital de la provincia del mismo nombre, estaba muy poblada: en su recinto, vivían muchos hombres ricos, comerciantes, sacerdotes y nobles: en ella residía también el cacique: tenía muchas casas de piedra y templos bien contruídos, con dibujos de hermosa apariencia: se extendía en longitud bastante prolongada, tanto que los españoles llegaron á los términos de la ciudad á las doce del día, y, caminando á buen paso, no hubieron de alcanzar la plaza central sino en la tarde. El cacique aparentemente recibió de buen talante á los españoles, aposentó á Montejo en su propia casa, y proporcionó buenos albergues á todos los capitanes y soldados. Se entregaron al descanso confiadamente, aunque con las precauciones acostumbradas. Por la mañana, la ciudad toda estaba desierta: el cacique, sus oficiales y todos los habitantes de la ciudad habían abandonado sus moradas. Los españoles no se explicaban el motivo de la fuga; mas empezaban á temer algun ardid ó ataque próximo. No obstante, muchos de ellos se esparcieron por la silenciosa ciudad, redrojando por las calles, casas y solares: por todas partes encontraban ropa, provisiones de maíz y aves.

A las diez del día, los centinelas colocados en las crestas más elevadas de los árboles, dieron la señal de alarma; y, apenas la habían dado, cuando una multitud de indios guerreros se precipitaron por todas las avenidas de la ciudad hasta la plaza en donde Montejo tenía su guardia, en la cual él mismo, por una feliz casualidad, montaba en la de caballería. Los indios no gritaban, no lanzaban alaridos, no tocaban tambores y chirimías, caracoles

y atabales, como tenían de costumbre, sino que se acercaron en silencio, como si pretendiesen dar un golpe de mano. El Adelantado y los ginetes sus compañeros dieron una carga cerrada é impetuosa á los asaltantes, y entrando y saliendo, y revolviéndose entre su densa multitud, resistieron su primer empuje, y dieron tiempo á que los demás soldados se armasen y acudiesen á la pelea. Unidos ya todos, destrozaron á los indios y los pusieron en fuga, dejando sembrado el suelo de cadáveres, contándose entre ellos diez capitanes ó *naciones*. De los españoles, perecieron diez ó doce, de los que erraban por los barrios de la ciudad en los momentos del ataque, y que, acosados, sitiados por turbas de indios, no pudieron reunirse á sus compañeros, y pagaron con la vida su atrevimiento y falta de disciplina.¹

El resto del día pasaron los españoles esperando una nueva embestida. En la noche doblaron las guardias, los caballos permanecieron ensillados, y los soldados francos se entregaron al sueño armados, y vestidos, en espera de un nuevo combate.

Se engañaron en sus temores: en toda la noche no hubo la más leve alarma, y, por la mañana, el cacique se presentó pidiendo la paz, y enteramente resignado á hacer buena amistad. La ciudad recobró su fisonomía habitual; cada vecino volvió á su casa; y, olvidándose los mutuos agravios,

¹ Y ganando la tierra llegamos cien soldados, en compañía del Adelantado, á un pueblo llamado *Choacá* de gran población, que tenía en aquel tiempo hasta tres mil indios, adonde tuvimos grandes reencuentros y guerra con los naturales, en manera que nos llevaron seis españoles vivos, sin poder remediarlo. Blas González. Op. cit.

españoles é indios fraternizaron durante dos días, como si pocas horas antes no se hubieran batido fieramente.

La amistad de los de Chauac-há no era sincera, á pesar de sus demostraciones aparentes: dieron, en verdad, auxilio á Montejo, proporcionándole cargadores y guías para conducirlo á Aké, pueblo situado á algunas leguas de la mar; mas, en tanto que le hacían este servicio, enviaron violentamente un correo, por sendas extraviadas, para avisar al cacique de Aké que los españoles se dirigían á su pueblo, y que llevaban ánimo resuelto de matarlos á todos, y de arrebatárles á sus mujeres. Por su lado, los cargadores de Chauac-há obedeciendo al mismo designio de crear dificultades, les hicieron creer que los indios de Aké, belicosos y taimados, habían concertado una celada para matarlos á todos en el cabo de su pueblo. La celada real y positiva era la de los de Chauac-há, y cayeron en ella los de Aké y algo también los soldados de Montejo. Al enfrentar con Aké, se pusieron todos en guardia preparándose á rechazar cualquier ataque: así, esperando por momentos repentina acometida, fueron entrando por las calles de Aké. Nada, sin embargo, cerrábales el paso, ningun movimiento sentían por sus costados: la retaguardia del pequeño ejército no acertaba á descubrir ningun signo de inquietud en los campos que dejaba atrás: todo era silencio en las calles, todo solitario en las casas, y esta misma soledad estimulaba los temores de los invasores. Pronto, sin embargo, hubieron de comprender que la estratagema era semejante á la que habían empleado los de Chauac-há: entraron en la

ciudad, se posesionaron de la plaza, ocuparon los lugares más estratégicos, y esperaron el término de aquel ardid indio con que estaban ya connaturalizados.

Realmente los de Aké habían huído sin tener tiempo de llevar sus muebles y provisiones: todas las casas estaban bien provistas de víveres, y esto aprovecharon los cargadores de Chauac-há para hacer un rico botín. Los españoles, aleccionados, se cuidaron bien de andar vagando por calles y casas, y, concentrándose, esperaron todo el día y toda la noche la inminente arremetida. Fueron engañados en su espera, pues no fué sino al día siguiente cuando los de Aké se presentaron en actitud de guerra y con ánimo de desalojar y acabar á sus adversarios. Venían en gran número; mas, como eran aguardados, la defensa fué fácil y oportuna: fuera de que estaba bien dirigida por jefes diestros, secundada por capitanes inteligentes, y por soldados intrépidos decididos á no dejarse vencer por el número. Las armas de fuego hicieron destrozos en los bisoños mayas; la muerte diezmaba sus filas en tanto que respetaba las de sus contrarios; el espanto se extendía á la vista de la caballería que por fuerza rompía sus densos grupos de combatientes, ora pasándole las lanzas á traves de rostros y cuerpos, ora derribándolos en tierra y pisoteándolos con los rudos y pesados cascos de sus caballos, ora revolviéndose entre ellos con la rapidez del relámpago. La refriega no tardó: muertos muchos capitanes indios, y creciendo cada vez más la pérdida de soldados, pronto vino el pánico, y todos los de Aké emprendieron la fuga, dejando en el campo

los cadáveres de sus compañeros. Más felices los españoles, apenas contaron algunos heridos, los cuales no daban por mal sufridas sus penalidades á trueque de la victoria que habían alcanzado, y, sobre todo, por haberse librado de perecer sacrificados cruelmente.

La victoria fué fructífera, pues al día siguiente el cacique de Aké y su pueblo se rindieron á discreción, humildemente pidieron la paz, solicitaron la amistad de Montejo, quien, con su política habitual, dioles buena acogida, olvidando las tribulaciones pasadas. Otro fruto de las dos batallas reñidas, seguidas de la sumisión incondicional de los derrotados, fué que se esparció por las comarcas vecinas la fama de las proezas de los castellanos, produciéndose la persuasión de que, si no imposible, al menos era muy difícil vencerlos. Con esto, muchos caciques quisieron más alcanzar el respeto de los invasores por la conciliación, que no arrostrar los estragos de una lucha desesperada. Enviaron embajadores al adelantado Montejo, con instrucción de saludarle y hacerle entender el deseo que abrigaban de llevar con él relaciones de amistad y de paz. Los embajadores fueron recibidos con honor, tratados con miramientos y agasajados con regalos de las bujerías de diversas especies que de Europa se habían traído. Se convino en hacer tratados de amistad y de paz, y promesas recíprocas de fidelidad á su cumplimiento parecieron cerrar en aquel punto las hostilidades, al menos en la faja de tierra que se extiende por la costa nordeste. Oportuna era la tregua, que ya Montejo estaba agobiado de penalidades de todas clases y necesitaba reposo.